

INTERNACIONAL

Los Hermanos Musulmanes amenazan con tomar Tahrir si hay fraude electoral

Los islamistas egipcios se mantienen alerta tras acatar la disolución del Parlamento

ANA CARBAJOSA
El Cairo

Tras ciertos titubeos iniciales, los Hermanos Musulmanes han unificado su respuesta a la noticia bomba que impactó en Egipto en forma de sendos veredictos y que el campo revolucionario considera un golpe de Estado blando: acatan las decisiones judiciales que *de facto* merman su poder político obtenido en las urnas y refuerzan al Ejército. Pero advierten: si pierden las elecciones presidenciales de este fin de semana y estiman que el candidato del Ejército triunfa de forma fraudulenta, tomarán las calles.

"Consideramos que la disolución del Parlamento es una decisión política, no jurídica. Aun así la aceptamos. Pero si hay fraude, saldremos a Tahrir y continuaremos nuestra revolución", amenazó Ahmed Rabia, portavoz de los Hermanos Musulmanes en su elegante sede del centro de El Cairo.

Tras conocer la noticia el jueves por la tarde —"nos enteramos por la prensa", reconoce el portavoz—, las reacciones exaltadas de algunos miembros de la Hermandad hicieron pensar que podrían incluso retirarse de la carrera presidencial. Tras reunirse, optaron sin embargo por la vía más pragmática. Tratarán por todos los medios de ganar las primeras elecciones presidenciales libres de la historia del país con su candidato, Mohamed Morsi. Si no lo logran y vence Ahmed Shafiq, el que fuera primer ministro del dictador Hosni Mubarak, temen volver a los años de plomo y ser incapaces de revalidar la mayoría parlamentaria que el Tribunal Constitucional acaba de declarar ilegal. Entonces, ya sin nada que perder, tratarán nuevamente de apropiarse del alicaído espíritu revolucionario a golpe de protestas.



Protesta en contra de las sentencias del Constitucional, en la plaza Tahrir. / DANIEL BEREHLAK (GETTY)

Explica Rabia que hacía dos meses que el primer ministro Kamal Ganzuri les había dicho que tenía el papel de la sentencia que declara inválida la constitución del Parlamento dominado por los islamistas. "¿Por qué lo han sacado ahora, a dos días de las elecciones?", se pregunta de forma retó-

rica el hermano musulmán; uno de los muchos que pasó por la cárcel en tiempos de Mubarak.

En la sede de la Hermandad no paran de hacer cuentas. Calculan que si al cerca del cuarto de votos que obtuvo Morsi en la primera vuelta le suman los del candidato islamista independiente, los de los salafistas y los de Hamdin Shabahi, el nacionalista de izquierdas que quedó en cuarto lugar, podrían derrotar a Shafiq.

No hay sondeos de última hora, pero lo cierto es que en la calle

sobran los que dicen apoyar a Shafiq, un hombre al que consideran competente y que creen que puede traer la estabilidad y el crecimiento económico. La revolución, piensan, puede esperar. Tampoco se llevan las manos a la cabeza porque la justicia haya ordenado la disolución del Parlamento, haya revalidado la candidatura de un miembro del antiguo régimen y se haya emitido un decreto que rescata *de facto* la ley de emergencia. Creen que está bien que los islamistas no sean

dueños y señores del Parlamento, y que si el Ejército tiene ahora potestad para detener a la gente en la calle, pues casi mejor, porque la inseguridad va en aumento y es hora de que alguien tome medidas. Muchos otros egipcios, en un país crecientemente polarizado, sostienen lo contrario. Dicen que no piensan tragarse el sapo de votar a remanente del régimen, y que por eso apoyarán a Morsi.

Poco antes de la una de la tarde, los fieles abandonan en masa la mezquita de Al Azhar, institución de referencia en el islam suní. Muchos llevan barba. Algunos piensan apoyar al candidato de los Hermanos Musulmanes; otros no. Algunos tienen miedo a hablar. Otros opinan, pero no quieren dar su nombre y miran a derecha e izquierda antes de abrir la boca. "Me da miedo que gane Sha-

Muchos creen que Shafiq, el candidato de los militares, traerá estabilidad

fiq y venga a por nosotros", reconoce uno. La policía, vestida de paisano, vigila la escena.

"Los militares han sido los que han organizado las sentencias judiciales", estima Mohamed Ahmed, dueño de un pequeño ultramarinos pegado a Al Azhar. "Hasta el más ignorante es capaz de darse cuenta de que todo estaba cocinado de antemano".

Ali Abdul Wahed es estudiante de la sharia, ley islámica, en la Universidad de El Cairo. Se declara salafista y el sábado piensa votar a Morsi. "Votar a Shafiq sería como votar a Mubarak. Los militares se resisten a dejar el poder", interpreta este joven de 27 años a las puertas de Al Azhar. "Si gana Shafiq", anuncia, "saldré corriendo a Tahrir", donde ya ayer algunos centenares de personas se congregaron para protestar.

El caos tunecino

SAMI
NAÏR



La revolución tunecina ha llegado a una encrucijada. La experimentación democrática iniciada en enero de 2011 hace aflorar todo lo que había sido reprimido, escondido, desde la independencia del país, en 1956. Es el retorno de lo oculto. Las nuevas fuerzas políticas demuestran cada día más su falta de madurez política. Carecen de un proyecto claro, de una concepción del interés general que supere las ambiciones personales de políticos poco preparados para afrontar los retos tanto institucionales como económicos del país. Todo ello desespera a la mayoría de la población.

"Nada ha cambiado": este lema se ha transformado en grito de frustración para muchos. La gente busca pan, empleo y seguridad, mientras que las élites se están peleando para saber quién va a ser el próximo presidente de tal o cual nueva institución. Ganadores de las elecciones para la Asamblea constituyente de octubre de 2011, los islamistas recientemente modera-

dos de Ennahda no han satisfecho en nada estas esperanzas populares. Las plagas del antiguo régimen siguen minando el tejido de la sociedad: corrupción generalizada, nepotismo y favoritismo con, ahora, dos amenazas apremiantes: el auge de un fascismo religioso salafista a la derecha del partido Ennahda y la sublevación larvada de ocho regiones, sobre todo al oeste del país, o sea las más pobres, frente a un poder político económicamente incompetente e incapaz de asegurar el orden público.

Los islamistas de Ennahda gobiernan el país día tras día; todo parece como si la coalición en el poder, junto con dos otros pequeños partidos, tuviera como principal objetivo el equilibrio interno de fuerzas en vez de solucionar los enormes problemas de la población. La seguridad resulta casi imposible de alcanzar, algo que reconoce, a su pesar, el propio ministro de interior. Los neofascistas religiosos no son numéricamente importantes, pero sí lo son por su rabia contra la sociedad tunecina, considerada contaminada por la decadencia occidental, y por sus acciones violentas. Atrojan a los sectores modernos, atacan físicamente a los intelectuales laicos; intentan instaurar la ley religiosa en los lugares de enseñanza; destruyen obras de arte supuestamente sacrilegas, siembran el miedo por doquier. A ellos se unen los jóvenes parados, los delincuentes en los barrios populares, que siguen teniendo un odio sangriento hacia la policía.

Ahora bien, una reacción firme del Gobierno bastaría para paralizarlos. Pero el hecho es que, más allá de declaraciones platónicas, no se hace nada en concreto. Los ministros islamistas condenan la violencia de los integristas pero no dejan, al mismo tiempo, de condenar también a los artistas o intelectuales que defienden la libertad de creación y de expresión. Así, en el Túnez revolucionario, democrático y libre, representar a una mujer besando a un hombre es, a ojos del Gobierno islamista, un acto ¡sacrilego! Sin hablar de la guerra latente del Gobierno en contra de los me-

Las secuelas del régimen, la sublevación larvada de regiones y el fascismo salafista minan Túnez

dios de comunicación de momento no domesticados.

Por otro lado, los partidarios del régimen derrumbado de Ben Ali no han renunciado: aprovechan, cuando no fomentan, la violencia callejera para ahogar al sistema político. Paralelamente, antiguos dirigentes nacionalistas, hoy reunidos en un reagrupamiento llamado Desturiano —del nombre del antiguo partido Destur (Constitución)—, símbolo de legitimidad

nacional, intentan volver al centro del tablero político para crear una alternativa a los islamistas en el poder. Por su parte, el ex primer ministro del Gobierno provisional (entre marzo y noviembre de 2011), Béji Caid Essebsi, ha lanzado, al amparo del respeto de la clase política tunecina, una iniciativa en este sentido, pero encuentra trabas vinculadas a la multiplicidad de partidos opuestos y cuyo objetivo es a menudo solo hacer prosperar a unos dirigentes autoproclamados. La desconfianza hacia los proyectos de la oposición está en adelante peligrosamente arraigada. La única fuerza de resistencia social, política y moderna es la de la potente Unión General de Trabajadores Tunecinos (UGTT). En realidad, el verdadero poder en Túnez está basado hoy en día en el Ejército, la policía y este sindicato. Todo depende de estos tres pilares.

La causa fundamental de la grave situación actual estriba en el estancamiento económico. Los círculos de negocio tunecinos temen invertir, el turismo está paralizado por la inseguridad, el paro es más importante que antes de la revolución, mientras la inflación se ha disparado. Ni Europa ni las instituciones internacionales se han atrevido a ayudar financieramente a las nuevas autoridades; y, obviamente, los Gobiernos árabes tampoco tienen interés en el éxito de la democracia en Túnez. Los tunecinos, es un eufemismo, no han acabado su revolución.